

EL PASADO AGOSTO, en el interregno que hubo entre el final del confinamiento y el comienzo de la segunda ola, Oscar Tusquets viajó con su familia al valle del Somme, entre París y Calais. Quería enseñarle a sus hijos el lugar en el que murieron un millón de soldados en la Primera Guerra Mundial. Visitaron esos paisajes donde la hierba ha tapizado los cráteres de los obuses formando una superficie extrañamente ondulada y los distintos memoriales (el canadiense de Vimy, el australiano de Villers-Bretonneux), que luego pintó al óleo. «Después de la pandemia me parecía que había más razón para ir. El primer día de la Batalla del Somme murieron 70.000 británicos. Y no eran unos viejecitos, eran chicos de 19 años. Por poner las cosas un poco en dimensión», explica.

Con ese episodio arranca *Vivir no es tan divertido, y envejecer, un coñazo* (Anagrama), unas «memorias aceleradas y arbitrarias» donde Tusquets critica las duras restricciones provocadas por el coronavirus. «Que no mueran ancianos es importante, pero no debería ser lo único. Nos hemos cargado cosas irre recuperables. Que cierre el Museo del Prado es una pena, pero que cierre la Seat es algo peor», opina. «Prohibir es muy excitante y gratificante para los políticos. La excusa de la pandemia les viene fenomenal. Colau, que odia a los coches y los turistas, ahora lo tiene fantástico. A ver cómo termina Madrid, que es un caso único en Europa. Desde aquí da cierta envidia, lo reconozco. Allí todo el mundo ha podido ir a cenar siempre», añade el arquitecto barcelonés.

Pataletas al margen, en el libro Tusquets repasa personas y momentos que han sido importantes: su entusiasmo al estudiar la carrera de arquitectura, qué supuso conocer a Federico Correa y al que sigue siendo su mejor

amigo, Lluís Clotet, la mili (uno de los peores momentos de su vida), su amistad con Dalí, sus obras favoritas (de todo lo que ha hecho está especialmente orgulloso de la ampliación del Palau de la Música, el metro de Nápoles y la casa Vittoria en la isla de Pallentaria) y las cuatro mujeres que han sido determinantes en su

vida: Beatriz de Moura, Anna Bohigas, Victoria Roqué y Eva Blanch.

Bohigas falleció a causa de un cáncer y los últimos meses con ella en los hospitales de Nueva York, buscando un milagro que no llegó, los recuerda como «la experiencia más dura de mi vida sin discusión; el infierno». Tusquets reflexiona sobre

lo mal que afrontamos la muerte en una sociedad donde ésta sigue siendo tabú, en la que «luchar desesperadamente por prolongar la vida está mucho mejor visto, es mucho más políticamente correcto, que aceptar dignamente la muerte».

Un repaso a las distintas muertes que tuvieron el torero Juan Belmonte y sus

amigos el arquitecto Enric Miralles y el editor Jaime Vallcorba le sirve para ponerse trascendente. «Cuando me confesé que estaba enfermo y se iba a morir, Vallcorba me dijo que ser creyente le ayudaba muchísimo. Como agnóstico que soy, me dio mucha envidia, claro. Yo le decía: Jaime, pero esto de que resucitaremos, ¿es

cierto? Cada vez que voy a la Semana Santa andaluza, me convierto durante 20 minutos. Pienso: sí, aquí hay algo de verdad.

También me pasa en la Sagrada Familia. Cuando estoy dentro pienso en que sí existe lo sobrenatural. Mis hijos tienen 16 años y ahora empezamos a hablar de estas cosas».

Aunque nadie lo diría viendo la energía que desprende, Tusquets cumple 80 años en junio.



Por Leticia Blanco BARCELONA

ANTONIO MORENO

“Cuando muera quiero una fiesta con alcohol, porros y música a tope

Ensayo. El arquitecto Oscar Tusquets publica ‘Vivir no es tan divertido, y envejecer, un coñazo’, unas inusuales memorias

«Ya le dicho a la familia que cuando me muera, me incineren, que tiren mis cenizas donde quieran, si es en el mar mejor, aunque tampoco hace falta que se tomen muchas molestias. Esquela mejor no, aunque me temo que al tener la Creu de Sant Jordi me la pondrán y me da muchísima pereza ir a devolverla como hizo Rosa Maria Sardá. Después quiero que hagan una fiesta con alcohol, porros y música a tope. No quiero ir a un tanatorio, a uno de esos edificios de arquitectura moderna, que me toque la sala 13, con sofás de sky... Tiene que ser algo un poco más bonito. Quiero un entierro New Orleans», explica. «Tengo tantísima suerte con la salud que mi familia no se hace a la idea. Pero me toca. He vivido mucho, he hecho muchas cosas. Y la vida no es corta, la vida da para mucho», confiesa.

«Llegamos a una edad en la que las dos palabras más bellas que ansiamos oír no se hace a la idea. Pero me toca. He vivido mucho, he hecho muchas cosas. Y la vida no es corta, la vida da para mucho», confiesa. «Llegamos a una edad en la que las dos palabras más bellas que ansiamos oír no se hace a la idea. Pero me toca. He vivido mucho, he hecho muchas cosas. Y la vida no es corta, la vida da para mucho», confiesa. «Llegamos a una edad en la que las dos palabras más bellas que ansiamos oír no se hace a la idea. Pero me toca. He vivido mucho, he hecho muchas cosas. Y la vida no es corta, la vida da para mucho», confiesa. La cita es de Woody Allen, pero Tusquets se la apropia para dedicarle unas cuantas páginas muy sinceras a la andropausia y a cómo la belleza, los amigos, el deseo sexual, la memoria y las alternativas se van yendo con la vejez. También el deseo de visitar lugares lejanos. Tusquets, por ejemplo, confiesa que ya es tarde para visitar y *entender* Australia, la India o Bangladesh. Pero siempre le quedará Italia.